

EL CONFLICTO CHIPRIOTA, TURQUIA Y LA O. T. A. N.

El arma atómica no sólo ha provocado sustanciales modificaciones en los conceptos relativos al empleo de la fuerza, sino que afecta la libertad de acción política de los países, limitándola en extremo en cuanto a acciones directas. De ahí el auge e incremento de la estrategia indirecta puesta al servicio de la política, la cual tiende o bien a mantener un *statu quo* o bien a alterarlo en su provecho. La estrategia indirecta, ampliamente practicada por el mundo comunista, sea éste de signo soviético o chino, se nos impone, por tanto, como “el arte de saber explotar lo mejor posible el estrecho margen de acción que escapa a la disuasión por las armas atómicas, obteniendo éxitos importantes, pese a la limitación, a veces extrema, de los medios militares que pueden ser empleados”¹, como se ha definido con gran claridad y pertinencia.

A raíz de la segunda guerra mundial, y en el campo occidental, cabe señalar como maniobra de estrategia indirecta de rotundo éxito frente a la amenaza soviética en Europa, el Plan Marshall. Pese a su carácter preferentemente militar y esencialmente defensivo, cabe asimismo llevar al haber de la estrategia indirecta del mundo occidental el Tratado del Atlántico Norte, que, sin ningún género de dudas, cumplió su cometido y sigue cumpliéndolo. Actualmente resulta poco menos que imprevisible una arremetida soviética directa—incluso en ocasión de las crisis periódicas de Berlín—contra alguna de las áreas amparadas por la O. T. A. N., cualesquiera que sean las dificultades con que tropieza una organización que se resiente de los efectos de la evolución registrada en los países miembros. Se puede argüir que la O.T.A.N. resiste por no sufrir los embates directos de una alteración del equilibrio internacional basado en lo que se llama el equilibrio del terror. A lo cual se

¹ General Beaufre: *Introducción a la Estrategia*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1965.

puede replicar que no ha sufrido la prueba de fuerza por el mero hecho de existir. Ello no pretende decir que, independientemente de la imponente fachada de la O. T. A. N. y del respeto que suscita, no muestre grietas y no deje oír crujidos. Es más: tan evidentes resultan tales deficiencias, que es un tópico mencionarlás. La grieta más aparatosa y comentada es la producida en el edificio atlántico por la política internacional de la Francia del general De Gaulle, por sus contradicciones e incoherencias. Pero estas constantes estridencias de la política francesa, que retienen la atención mundial, hacen correr, entre otros riesgos, el de oscurecer, apagar y dejar en un olvido provechoso para la Unión Soviética otras grietas que no por menos espectaculares son menos peligrosas. Nos referimos en primer término a la enemistad entre Grecia y Turquía, ambas miembros de la O. T. A. N., como consecuencia del conflicto de Chipre. Aunque tal conflicto no ocupe ya las primeras planas de los diarios—desgraciadamente, otros han venido a ocupar su lugar—, el hecho es que sigue pendiente de solución el pleito que trabajo le hubiera costado zanjar a Salomón, con toda su sabiduría, cuanto más a la O. N. U., tan irreconciliables se presentan las posiciones adoptadas por los greco-chipriotas y los turcos-chipriotas.

No es objeto de esta nota recordar las incidencias de la lucha feroz entre aquellas comunidades, apoyadas y alentadas, respectivamente, por Grecia y Turquía. Los efectos conjugados de la presencia de fuerzas de la O. N. U. en la isla² y el tiempo han atenuado la violencia inicial, mas no han reducido el margen de libertad de acción que escapa a la disuasión atómica y es propicio para las maniobras de estrategia indirecta a que hemos aludido como siendo el ámbito propio de la actividad comunista en el plano internacional.

En la memoria de todos están las gestiones iniciadas el pasado verano por el inquieto Mgr. Makarios en demanda de ayuda, singularmente soviética, aunque no dejara de apelar al neutralismo proclamado, uno de cuyos más conspicuos representantes es el presidente Nasser. Ante tan peligrosa inicia-

² La actitud adoptada por Francia motivó en gran parte el que la búsqueda de una solución en Chipre escapara al marco de la O. T. A. N. para situarse en el ámbito de la O. N. U. Francia arguyó que, no siendo la República de Chipre miembro de la Alianza Atlántica, el secretario general de la O. T. A. N. no podía intervenir en una misión de buenos oficios, como lo hiciera Paul-Henri Spaak en ocasión de concedérsele la independencia. La misión de la O. T. A. N. hubo, pues, de limitarse a reconvenciones y prudentes consejos dados a los dos miembros de la organización—Grecia y Turquía—enfrentados en Chipre a través de sus respectivas comunidades.

tiva, combinando la disuasión verbal con un incremento de la ayuda militar y dando rienda suelta al enojo causado por la actitud de las potencias occidentales en el conflicto chipriota, Grecia retiró sus fuerzas de la O. T. A. N. "para poder mejor cumplir la defensa de Chipre", amenazada por Turquía. Pocos días antes, también Turquía había adoptado la misma medida, si bien ambos países se apresuraron a reintegrar al redil de la organización unas fuerzas que apenas si habían tenido tiempo de retirar de hecho. Entretanto, un mercante soviético, cargado de material de guerra, bogaba rumbo a Chipre y a destinación de los greco-chipriotas, siendo este envío la traducción en la práctica del mensaje dirigido por Jruschev a los presidentes Makarios e Inonu, invitándolos a cesar en las hostilidades. El viaje a la Unión Soviética y a la R. A. U del presidente Makarios, preparó la misión en Moscú de una delegación chipriota, la cual, en 30 de septiembre de 1964, firmó con el Gobierno soviético un acuerdo de ayuda militar y económica a Chipre, cuya "integridad e independencia" pretendía querer salvaguardar. Pareció imponerse una evidencia: con cautela, pero sin vacilación, puesto que la disuasión nuclear no surtía efectos en el caso de Chipre, la U. R. S. S. jugaba la carta greco-chipriota, con todas las consecuencias que para el mundo occidental—empezando por Grecia—podía tener esa pretensión soviética de instaurar en el Mediterráneo oriental un remedo de Cuba, de suerte que la U. R. S. S. estuviera presente en el Mediterráneo. Parecía a punto de realizarse el sueño de Pedro el Grande y de sus sucesores, al que tenazmente se habían venido oponiendo las potencias occidentales, singularmente Gran Bretaña y Francia.

Y Occidente, la O. T. A. N., Washington, ¿qué carta jugaban? La carta de la objetividad oficial, esa carta que no satisface a nadie en política, tal vez por quedar reservada tan alta virtud a otros ámbitos. Pero la política es esencialmente opción. Y ni Occidente, ni la O. T. A. N., ni Washington optaron claramente en el sangriento conflicto, por ser su margen de libertad de acción, entre Grecia y Turquía, tan estrecho que no existía. Trataron de apaciguar los ánimos, de sugerir soluciones, mas como quiera que la actividad indiscriminada del presidente Makarios en busca de apoyo, viniera de donde viniese, preocupaba considerablemente a Washington y a Londres, hubo tendencia a no tomar toda la debida cuenta de las reclamaciones de Turquía cuyo anticomunismo y vinculación al mundo llamado libre se estimaron hechos inalterables. De ahí que Turquía resultara un poco aislada entre una U. R. S. S. favorable a los greco-chipriotas y unos aliados atentos.

a los desvelos soviéticos por los greco-chipriotas, de los cuales las dos quintas partes votaban en favor de los comunistas. La tajante declaración turca de que el país no aceptaría la unión de Chipre con Grecia, o sea la famosa Enosis, no provocó revuelo alguno. Todo el problema parecía centrarse en retener al Gobierno chipriota, con la ayuda de Grecia, en el camino emprendido de una aproximación a la U. R. S. S., que podía afectar el dispositivo militar en el Mediterráneo Oriental. La amargura de lo que estimó ser un postergamiento, caló hondo en Turquía.

En tal coyuntura, Ankara, tímidamente, calladamente, reconsideró su posición en el marco de la Alianza Atlántica. Los primeros pasos en dirección a la U. R. S. S., primer país que en 1920 reconociera la soberanía turca y con el cual firmó en 1921 un tratado de amistad, se llevaron a cabo oficialmente a raíz de la espectacular desaparición de la escena soviética de Jruschev. El cambio de equipo en Moscú no estimamos que facilitara la nueva actitud soviética frente al problema de Chipre, por estar ya en marcha la operación de reconversión. Mediante la finta de una prudente ayuda a los greco-chipriotas, de hecho más voceada que positiva, es evidente que la U. R. S. S. logró el doble objetivo de distraer la atención del mundo occidental y aislar a Turquía. Sin duda, a finales de octubre llegaron a Chipre, destinados a los greco-chipriotas, cañones, carros de combate y lanchas torpederas de fabricación soviética, y el 31 de octubre aun pudo declarar el ministro de Asuntos Exteriores chipriota que "la ayuda militar y económica de la U. R. S. S. y de la R. A. U. constituirían un factor importante de la defensa de Chipre", pero la víspera había llegado a Moscú el ministro de Asuntos Exteriores turco, Erkin, para entrevistarse con los nuevos dirigentes soviéticos. La estancia de Erkin en la Unión Soviética concluyó con la firma de un Tratado de relaciones culturales y científicas y fué seguida por la visita a Moscú de una delegación económica turca.

De las conversaciones habidas entre los dirigentes soviéticos y el representante turco, no se conocen referencias concretas. Sin embargo, cabe deducir que para Moscú, aun en la era nuclear, Turquía no ha perdido la importancia ofensiva y defensiva que antaño tuviera, pese al desmantelamiento de ciertas bases americanas acordado por Washington³. En este orden de

³ El desmantelamiento de las bases soviéticas en Cuba en octubre de 1962 se negoció sobre la base del cese del bloqueo de la isla por parte americana, el compromiso de Washington de no invadirla y la supresión de bases americanas en Turquía. Vid.: General Beaufre: *Dissuasion et Stratégie*, Armand Colin, Paris, 1964, pág. 76.

ideas, la explotación de la crisis de Chipre a través de los greco-chipriotas se posponía para la U. R. S. S. a la conveniencia de "neutralizar" a Turquía. De ahí que a finales de 1964, el embajador soviético en Ankara hiciera saber que Moscú no era partidario de la Enosis, esa unión con Grecia que era precisamente el meollo del problema chipriota y el caballo de batalla del presidente Makarios y de los greco-chipriotas. Aquella declaración aturdió al ministro de Asuntos Exteriores de Chipre, Arauzos, quien confesó: "estoy confundido... tanto más cuanto que acabo de tener una conversación muy amistosa con el embajador de la U. R. S. S. en Nicosia", lo cual demuestra que los buenos modales no están reñidos con las formas más cínicas de la estrategia diplomática. A partir de principios del año en curso, las posiciones se aclaran decididamente: el presidente Makarios asegura que "los greco-chipriotas están dispuestos a dar su vida por la Enosis". La U. R. S. S., por boca de su ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Gromyko, se muestra favorable a la creación de un Estado Federal chipriota que excluya la Enosis, solución que el presidente Makarios, coreado por Grecia, rechaza con horror, pues "ninguna fuerza puede impedir la unión con Grecia", como reitera en la pasada primavera, olvidando que las circunstancias son a veces más fuertes que la misma fuerza, singularmente en política.

Mientras tanto, el acercamiento turco-soviético se iba perfilando. En los primeros días de enero de 1965, N. V. Podgorni, miembro del Presidium del Comité Central del Partido Comunista, hizo una visita oficial a Turquía al frente de una comisión. El tomar la palabra en la Asamblea Nacional turca le deparó la oportunidad de declarar que su país "compartía totalmente el punto de vista del gobierno turco respecto a Chipre", o sea la resuelta oposición a la Enosis. Es más, en una emisión de la televisión soviética, Podgorni habló ampliamente de su viaje a Turquía y trazó la historia—con discretas omisiones, por supuesto—de las relaciones turco-soviéticas, subrayando la conveniencia de que las fronteras entre los dos países fueran fronteras de amistad y de que el Mar Negro se convirtiera en camino de cooperación económica. Admitió que existían ciertas divergencias de opinión entre la U. R. S. S. y Turquía, pero no tantas como para perturbar una amistad nacida en tiempos de Lenin y de Atatürk. En cuanto a la cuestión chipriota, declaró que la Unión Soviética abogaba por "una solución pacífica basada en el principio del respeto a la independencia, la soberanía y la integridad territorial que garantice los derechos de ambas comunidades, la griega y

la turca, ello dentro de la no interferencia exterior en los problemas de la isla”.

La caída del Gobierno Inonu en el pasado febrero, no alteró el planteamiento de la aproximación turco-soviética. El primer ministro, Urgüplü, pasa por políticamente independiente. El vicepresidente del Consejo de Ministros, Suleiman Demirel ostenta la jefatura del partido de la Justicia, que se tiene por favorable a Occidente, si bien el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Hassan Ishik, antiguo embajador turco en Moscú, aparece como partidario de una apertura al Este. Ello muestra la existencia en el nuevo Gobierno turco de una tendencia a mantener el equilibrio entre las fuerzas políticas que habrán de enfrentarse en las elecciones del próximo mes de octubre. Esta tendencia al equilibrio se refleja asimismo en la política exterior del nuevo equipo que se esfuerza por independizarse de Occidente, singularmente de los Estados Unidos, o sea por practicar una autonomía que pudiera llamarse neutralismo, tanto más cuanto que a raíz del viaje a Moscú del ministro de Asuntos Exteriores de Turquía, Erkin, Ankara reconsideró su aceptación de participar en la fuerza multilateral. Tal decisión resultó poco después seguida de la advertencia hecha al Mando Supremo Aliado en Europa de la O. T. A. N., de que la calidad de miembro de la Organización que ostenta Turquía no significa un hecho permanente.

Aquellas reservas frente a la O. T. A. N. muestran que los nuevos dirigentes turcos no tuvieron que modificar el rumbo internacional ya iniciado por el Gobierno Inonu para lograr un acercamiento con la U. R. S. S. con vistas a mantener al país al margen—en lo que cabe—de los enfrentamientos mundiales, ello merced a un equilibrio entre ambos bandos antagónicos. La visita a Turquía del ministro de Asuntos Exteriores soviético, Gromyko (17-22 de mayo) se desarrolló de conformidad con el común deseo de creciente amistad. Sin embargo, el comunicado final, tras las conversaciones de Gromyko con su colega Ishik, el primer ministro Urgüplü y el presidente Gursesel, no contiene nada sobresaliente, como es habitual en estos casos. Es, sí, una confirmación de los propósitos turco-soviéticos de buena vecindad, tales y como los expusiera Podgorni, aparte de las conocidas declaraciones de principio respecto a la coexistencia pacífica, la distensión internacional y el desarme total y controlado, si bien, en declaraciones verbales, Gromyko cargara el acento sobre el deseo de ensanchar la ya existente cooperación entre la U. R. S. S. y Turquía en los terrenos político y económico y otros de interés para ambos países. Todo ello evidencia, junto con hechos que se han

señalado, la intención turca de buscar la equidistancia entre los dos bloques, dando a uno lo que quita a otro, mientras no cesa de pechar con sus grandes dificultades económicas y con el problema de Chipre, que trata de resolver directamente con Grecia. Esta un poco inesperada evolución del conflicto de Chipre representa un éxito para la U. R. S. S. ya en lo inmediato. Pero como quiera que las posiciones equidistantes son difíciles de mantener dados los tirones de la política y de la economía, no cabe descartar la posibilidad de que Turquía, aun sin abandonar la O. T. A. N., tienda a convertirse en uno de sus elementos inoperantes. Ha sido tal el acercamiento turco-soviético en unos meses, que, de mantenerse el ritmo, incluso podría plantearse un grave problema de defensa en el Mediterráneo Oriental en el ámbito aero-naval. En este aspecto, Turquía es un factor esencial del plan estratégico del ala oriental de la O. T. A. N. Desgajarla de la organización atlántica, pese al menguado margen de libertad de acción que deja la disuasión nuclear, sin apelar, claro es, a la fuerza y aprovechando las circunstancias, se perfila como un éxito soviético, el de una estrategia diplomática que, puesta al servicio de una continuidad política, produce amargos frutos para Occidente. No serían tan amargos si fueran aleccionadores.

Pero ya en marcha la "operación Turquía", que apunta a la O. T. A. N., y esbozada la "operación Irán", hemos visto, al principiarse el verano, los prolegómenos de una eventual desarticulación de la C. E. E., intento de integración económica europea que el comunismo ha combatido sin tregua, pero sin que lograra efectuar una maniobra eficaz, dadas singularmente las discrepancias existentes sobre el particular entre los partidos comunistas francés e italiano. El encuentro en Ginebra, en el pasado mayo, de los respectivos secretarios generales, Waldeck Rochet y Longo, permitió "una amplia coincidencia de puntos de vista". Poco después, pese a la tirantez oficial de las relaciones entre los poderes públicos franceses y el mundo sindical, el secretario general de la C. G. T., Benoit Frachon, se entrevistó durante más de una hora con el general De Gaulle. Era la primera vez, desde hacía cerca de veinte años, que un jefe de Estado francés recibía al secretario general de esa central sindicalista ampliamente comunizada. ¿Maniobra electoral por parte del general De Gaulle? ¿Premisa de la toma de posición tajante y terca de Francia en las conversaciones de Bruselas sobre el mercado agrícola? Sin pretender establecer prematuramente relaciones de causa a efecto entre el acercamiento del general De Gaulle al sindicalismo mayoritario francés

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

y la alarma sembrada en el Mercado Común, cabe preguntarse si no estamos asistiendo a una nueva maniobra soviética, esta vez dirigida contra la C. E. E., el Euratom y la C. E. C. A. al amparo de las circunstancias que, en este caso, no son un conflicto violento, como en Chipre, sino la psicología peligrosa de un político.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA.